



RITMOS Y RITUALES

André Stern

LIT-
ERA

André Stern

Ritmos y rituales

Con contribuciones de

Arno Stern

Antonin Stern

Giancarlo Ciarapica

LIT-
ERA

*Para Hanna, Sebastian
y nuestras criaturas*

© del texto: André Stern, 2021

© de las imágenes: André Stern y familia Stern

© de la traducción: Emilio Encabo Lucini, 2023

© de la edición:
Litera Libros, 2023
Sant Josep 45
46550 Albuixech
www.literalibros.com

Corrección: Ana Valero

Maquetación: Ortogràfic

Impresión: GZ Printek, S.A.L.

ISBN: 978-84-125851-2-4
Depósito legal: V-1663-2023
Impreso en España



Índice

- 9 Obertura
- 19 Ritmos y rituales
- 35 Karting
- 50 «Servir», por Arno Stern
- 59 Barcelona
- 71 *Intermezzo: Caregiving*
- 75 Confianza
- 81 *Intermezzo: El conocedor*
- 83 Realidad aumentada por lo imaginario... y viceversa
- 89 Las pantallas
- 103 Género
- 107 *Intermezzo: Soluciones*
- 109 Nuestro cerebro está optimizado, técnicamente, para encontrar soluciones
- 115 Es demasiado fácil

Obertura

- 123 *Intermezzo*: Incondicionalmente
- 125 El pánico al error
- 135 Aprender no existe
- 141 Los grandes rituales I: Jugar
- 145 Los grandes rituales II: Imitar
- 149 Los grandes rituales III: Reiterar
- 150 «Reiteración y evolución», por Arno Stern
- 153 Libertad
- 154 «Ser libre», por Antonin Stern
- 157 Seguridad
- 160 «Ordo ab chao o el canto del ritual»,
por Giancarlo Ciarapica
- 165 Diferenciar los rituales de los tics
y las (malas) costumbres
- 167 Coda
- 175 Agradecimientos

No quiero que este libro trate de todo eso que, en nuestro orden del mundo, obstaculiza los ritmos y rituales naturales del ser humano y, en particular, los ritmos y rituales espontáneos del niño. Dejo este inventario necesario a otros, más capaces de entender la magnitud y las ramificaciones de este fenómeno, y, por mi parte, prefiero hacer lo contrario y contar sencillas historias de confianza. Historias reales que ilustran y resaltan lo que surge de manera natural cuando dejamos de encerrar la naturaleza de nuestros hijos en el caparazón opaco de nuestras ideas preconcebidas y nuestras expectativas, cuando, simplemente, dejamos de querer educarlos y comenzamos a vivir confiando en ellos como nos gustaría a todos que confiaran en nosotros.

Sin embargo, señalaré de pasada, para comenzar, cuatro tendencias generales que se oponen a nuestros ritmos y rituales naturales.

1) Está lo que empieza pronto en nuestra historia **individual**. Ya en nuestra vida intrauterina, aparecen los primeros obstáculos en el camino de la confianza: la angustia de las curvas. Padres y madres suplican a su pequeño feto que crezca y crezca para que su curva se acerque, en la siguiente ecografía, como mínimo al sagrado punto medio, el percentil 50. Y esa dinámica continúa después del nacimiento, a través de todos esos estándares establecidos y de la retahíla de preocupaciones que los mismos generan: ¿el niño todavía no es capaz de sostener su cabeza?, ¿acaso no advertís que sufre un retraso en su aprendizaje del habla?, ¿ya conoce el número correcto de palabras que debe dominar a su

edad? y también ¿no anda muy bien para la edad que tiene? Esas preocupaciones fagocitan la confianza en los ritmos y rituales propios del niño. En lugar de pensar que «va a su ritmo», en vez de acercarse a cada niño con una curiosidad sincera, la de descubrir cuál será su tempo en medio de la infinita diversidad de las cadencias de cada uno, la mayoría de los padres y madres se zambullen en publicaciones especializadas con innumerables guías de métodos hipertrofiados cargados de cifras —aunque se limiten a echar un vistazo rápido a los temas que los preocupan en el expositor de algún supermercado— y navegan por los foros de internet en busca de indicaciones que los tranquilicen respecto a las diferencias de sus hijos. Diferencias que deberían alegrarlos, porque son todas signos de su personalidad, por más que ellos las vean como problemáticas.

Señalemos que esos métodos cuyo objetivo es organizar los ritmos y rituales del niño (por ejemplo, esa venerable obsesión por organizarle el sueño) no se contentan con quebrar su personalidad, sino que desvían el flujo natural de su devenir para hacerle entrar, a las buenas o a las malas, en una camisa de fuerza tejida por las coyunturas de los adultos.

2) **Está lo que va contra los ritmos personales** de cada uno, y una de las metáforas más universales que lo ilustran es la necesidad de levantarse temprano para ir a clase —bajo pena de que nos pongan para el resto de nuestros días la etiqueta de perezoso— que se opone firmemente a una posible tendencia personal a levantarse tarde y quedarse despierto por la noche hasta tarde.

La visión que los adultos tienen de lo que debería ser la infancia define un ritmo-promedio arbitrario pero eficaz, una regla con la que medimos al niño antes de ponerle una etiqueta definitiva, sin tener en cuenta su verdadera historia.

Ese es «rápido», aquel «un poco lento». Caso cerrado.

Igual que este es «más hábil con las manos» y ese otro «claramente intelectual». Uno tiene fama de «distráido» y otro de «tímido». Y, a medida que nos lo repiten, esto se convierte en nuestra naturaleza oficial y hasta nosotros nos lo acabamos creyendo.

Valoramos los ritmos rápidos: nos tranquiliza, nos alegra, nos enorgullece ver que nuestro hijo crece más rápido que la media, que aprende a andar antes que la mayoría, que sabe leer y escribir antes de la edad prevista..., pero nos preocupamos por todo cuanto parezca ser un «retraso». De la misma manera, valoramos ciertos ámbitos en los que progresa sobre otros, sin valor alguno en nuestras latitudes. Nos preocupa que el niño no sepa todavía hablar, pero obviamos por completo su sentido espectacular de la orientación. Cuando no muestra ningún interés por la lectura saltan todas las alarmas y no nos damos cuenta de que ha nacido para la danza. En la realidad del niño ningún área es más relevante que otra.

3) **Está lo que va contra los grandes ritmos humanos**, como el intento de introducir las matemáticas en un cerebro que no está preparado para ello. El neurobiólogo polaco Marek Kaczmazyk^{*} revela con claridad el hecho de que, salvo raras excepciones, nuestro cerebro matemático no empieza a funcionar hasta los diez años y que, un encuentro forzado *antes de esa edad* no lleva más que a un trauma definitivo ligado al inevitable sentimiento de incapacidad, de nulidad personal, de «no es para mí» desarrollado por cualquiera que se acerca a un tema antes de tener las herramientas necesarias para comprenderlo. Y este es el caso de la inmensa mayoría de los niños —y, en consecuencia, de la mayoría de nosotros— ya que el aprendizaje de las matemáticas se impone (con la sincera pero nociva buena voluntad

^{*} Marek Kaczmazyk: *Strefa napięć*, Wydawnictwo Element, Twarda, 2020.

de ponernos en contacto lo antes posible con una herramienta indispensable para nuestro futuro) mucho antes de los diez años. Los escasos casos de niños cuyo cerebro matemático empieza a funcionar antes de esa edad corresponden precisamente a esa franja privilegiada de aquellos a quienes calificamos de «dotados para las matemáticas», un análisis incorrecto en lo que a ellos respecta e injusto para aquellos otros que podrían a su vez estar igual de «dotados para las matemáticas», pero en otro momento.

4) Y, para terminar, está **lo que va contra los ritmos de la naturaleza**, como comer fresas en invierno o ver en plena noche como si fuera de día.

En lo referente a los rituales, estos se ven obstaculizados por dos imperativos categóricos: se nos hace siempre creer que hace falta *evitar la rutina* y que es importante salir —o hacer que el niño al que estamos educando salga— de su *zona de confort*.

Partiendo de la base de que el niño es un ser perezoso por naturaleza que no avanzaría nunca si no le empujáramos a hacerlo, cada uno se las apaña para inventar maneras para hacer que el burrito avance, sin que ninguno de esos procedimientos se aleje mucho del palo y la zanahoria. Cuando, por extraño que parezca, nada consigue frenar a aquel que ha decidido avanzar, movido por el entusiasmo, la curiosidad o la necesidad, que le son propias.

Esa sensación de hacer algo estéril y rutinario solo aparece cuando dejamos de percibir el sentido de lo que hacemos. Por ejemplo, cuando esperan que nos aprendamos de memoria la tabla de multiplicar o la conjugación de los verbos, cuando ni una ni otra tienen en ese momento ningún sentido en nuestra vida. Eso no solo lleva a esa sensación de rutina insufrible, sino que también hace que aceptemos la misma como algo normal en nuestra vida cotidiana (ya que otros han

hecho, hacen y harán lo mismo) y, así, nuestro impulso inicial de aprender termina siendo sustituido por una experiencia desagradable que, en el futuro, preferiríamos evitar. En ese campo de batalla caen nuestro deseo y nuestra alegría de aprender: todo un crimen contra la humanidad.

Además, sabiendo la importancia primordial que tiene el entusiasmo para nuestro futuro, sabiendo que ese entusiasmo es el único que puede despertar esa genialidad que duerme en cada niño, en cada uno de nosotros, pero que no hay más que unas pocas materias consideradas dignas de entusiasmo y que, además, es extremadamente inusitado que correspondan con las que nos harían geniales si nos atreviésemos a expresarlas, es fácil entender que perdamos el sentido del entusiasmo, cuando nos repiten una y otra vez que aquello que nos interesa no es importante y que eso que no nos entusiasma sí lo es. La neurobiología demuestra que es imposible redirigir nuestro entusiasmo de manera selectiva, solo a determinados campos; con ello, lo único que logramos es disminuir nuestra capacidad general de entusiasmarlos. Y es por esa vía por la que aparece la rutina. Y es entonces cuando lo único que hacemos es repetir los mismos gestos vacíos, en esa cadena de montaje infinita en la que se han convertido los pensamientos y los actos que se esperan de nosotros.

¡La pasividad y la rutina que intentamos desterrar de nuestros niños son consecuencia de nuestros actos y nuestras medidas educativas!

Pero, cuando no hacemos nada de eso, cuando dejamos que la confianza se instale, entonces, no es la rutina lo que vemos aparecer, sino un conjunto de ritmos y rituales que constituyen, junto a ese punto de apoyo absoluto que ofrece un «te quiero porque eres como eres» incondicional, un puerto de amarre sólido. Que no es

más que una zona de quietud que sufre el martirio de ser tildada de reprobable «zona de confort».

El niño sale una y otra vez de su puerto de amarre (sin sentir por ello esa susodicha incomodidad al parecer tan necesaria desde nuestra concepción del mundo) con una constancia que debería despertar nuestra admiración. Ir hacia el inmenso mundo, al encuentro de lo nuevo, es una de las características principales del niño y del ser humano. Pero sólo lo hace si cuenta con un puerto de amarre.

Para comparar la seguridad que le aportan a un niño los rituales con aquello que siente uno cuando se alteran sus rituales (le pedimos que respete los rituales de la sociedad, pero pisoteamos los suyos, dándole así un ejemplo que él mismo seguirá) basta con imaginar lo que sentirías si, esta mañana, se hubiera decretado que el orden de los días de la semana sería a partir de este momento el siguiente: martes, viernes, domingo, miércoles, sábado, lunes.

Y, ahora, tras este rápido repaso al panorama general, dejemos este preámbulo impregnado de todo eso que perturba, deshilacha, fragmenta y reemplaza no solo nuestros ritmos y rituales, sino también nuestra naturaleza esencialmente creadora y sumerjémonos codo con codo en el mundo de la infancia.

Sin embargo, antes de invitarte a seguirme, me gustaría pedirte que cambies de perspectiva, que cambies tu mirada sobre la infancia. Para ello, nada mejor que un empujoncito de la ciencia. Esta ha evolucionado muchísimo la última década, pasando, en bastantes aspectos, de una manera de explicar las cosas a su opuesta. Por ejemplo, en lo que se refiere a la naturaleza, representada durante siglos como una jungla salvaje en la que lo lógico era —todo cuanto los científicos descubrían iba en ese sentido— que reinase la ley de la jungla: competencia, rivalidad y supervivencia del más fuerte, pero, desde hace algunos años, los científicos han descubierto que la verdad está en otra parte. Los árboles no combaten,

se ayudan mutuamente. No ahogan a los pequeños privándoles del sol, los alimentan por las raíces, igual que a los viejos, desprovistos de actividad fotosintética, una disfunción letal si no contaran con el apoyo literalmente radical de todos aquellos que los rodean, especie de transfusión solidaria, de diálisis ancestral.* Y cuando un árbol se ve amenazado por un coleóptero voraz, todos aquellos que lo rodean segregan el aroma que atrae al pájaro depredador de ese insecto, alimentando al pájaro y salvando a su congénere. Y no debemos olvidar que la supervivencia de cada uno de esos gigantes depende de sus intercambios con los microorganismos del suelo, que aportan al árbol los elementos que necesita —el magnesio, por ejemplo— a cambio del azúcar que él produce para ellos. Ofrece un hábitat a las abejas y las utiliza como polinizadoras; alimenta a los pájaros con sus frutos y cuenta con ellos para diseminar sus semillas.

De estos y otros muchos descubrimientos, surge una constatación y, con ella, una manera de ver el mundo radicalmente nuevo: la ley de la jungla está hecha de simbiosis, sinergia y solidaridad. ¡Qué alivio! ¡Por fin nos hemos librado de esa necesidad de creernos depredadores, de considerar nuestro mundo un campo de batalla y a los demás posibles competidores! Llevamos dentro —y no es casualidad— esa nostalgia latente de un mundo más simbiótico, más sinérgico, más solidario.

Todo cuanto creíamos saber sobre la infancia ha evolucionado en la misma proporción a lo largo de ese periodo (esta última década). Durante los siglos precedentes, la infancia se consideraba un estado primitivo, un «punto cero» del desarrollo humano. Y estábamos convencidos de que hacía falta ayudar al niño a elevarse, a subir paso a paso todos los escalones hasta alcanzar la cima, hasta el punto culminante del desarrollo humano: la edad adulta. Y aquí la ciencia, de nuevo, nos brinda

* *Science & Vie*, n° 1226, París, noviembre de 2019, p. 81.

una perspectiva completamente renovada, completamente diferente. La constatación es sencilla: los potenciales indispensables para nuestra supervivencia cambian enormemente en función del entorno y de la época en la que vivimos, mientras que nuestro código genético sigue siendo el mismo desde hace milenios, hayamos nacido hace veinte mil años en una llanura helada en plena Edad de Hielo o lo hagamos dentro de doscientos años en un desierto árido. Como para nuestro código genético es imposible saber *cuándo* y *dónde* vamos a nacer, ha optado simplemente por equiparnos con *todos* los potenciales posibles, para que en esa sobreabundancia quede garantizado que tendremos los pocos que necesitamos para nuestra supervivencia.

He aquí lo que otorga al niño un estatus completamente nuevo, el de bomba de potencial, capaz de convertirse en todo lo que un ser humano puede convertirse, de aprender todo lo que un ser humano puede aprender. Sin embargo, desde su nacimiento, los potenciales no-requeridos (porque no son relevantes en nuestro entorno) se van borrando para dejar sitio a aquellos —su número suele ser bastante limitado— que son útiles para la vida en nuestros respectivos medios. Durante los primeros meses de nuestra vida vivimos una verdadera hemorragia de potenciales, terminan diseminados a los cuatro vientos, los perdemos a millares.

¿Qué queda después de esta drástica poda? Un adulto. Desde el punto de vista de su potencial, el adulto, que se veía y, sobre todo, se posicionaba como la versión «extra», el cenit del desarrollo humano, no es más que la sombra de lo que habría podido ser. La versión bonsái. Y cuando está al lado de un niño, está cara a cara con un gigante. Un gigante de potencial. El único guardián de todo lo que podemos ser, de todo lo que podemos aprender.

Y así cambia, en un instante, nuestra manera de acercarnos al niño.

El mundo es ritmo. Los ritmos de la naturaleza, los ritmos del universo. La alternancia del día y la noche. Las fases de la Luna. Las estaciones. Las resonancias orbitales: Júpiter realiza exactamente tres revoluciones en lo que tarda Saturno en realizar dos. La música es universal porque es ritmo. Igual que lo es la danza.

Ritmos y rituales

Como casi todos los días, Benjamin, con ese impulso que se apodera de todo su cuerpo, nos pide que le subamos a la silla para niños de nuestra bicicleta, indicándonos así que ha llegado el momento de recorrer los cuatro kilómetros que nos separan de la carretera nacional.

Vamos para ver pasar los coches, pero, sobre todo, los camiones. Los vemos de lejos, en la larga recta en ascenso. No existe nada más contagioso que el entusiasmo, sobre todo, el de un niño. Cuando aplaude y patalea de alegría y se estremece de entusiasmo al ver pasar ese camión, tan cercano, tan potente, tan concreto, Benjamin hace que el camionero a su vez le sonría. Y sé que esos conductores se comunican con sus radios y se avisan de que, en tal kilómetro, en la parada del autobús, un padre y su hijo pequeño miran los camiones pasar. Y ellos, solitarios durante kilómetros y kilómetros, trabajadores anónimos de la carretera, a los que apenas se los ve, a los que todavía menos se los considera, se sienten de repente esperados, admirados, apreciados. Nos saludan con la mano, algunos simplemente levantando los dedos y dejando la palma sobre el volante, otros dando un ligero bocinazo, mientras su impresionante vehículo nos sobrepasa rugiendo, recuperando el anonimato a medida que se aleja.

Gracias a Benjamin, he aprendido a disfrutar de esa actividad, tomándome ese tiempo del niño, que a menudo es muy largo. Siento el viento, los remolinos que dejan suspendidos tras su paso los vehículos. Escucho los ruidos, a veces muy lejanos, en las contadas ocasiones en que el intervalo entre coche y coche se dilata. Distingo los diferentes tonos de un motor que se acerca entremezclados con el ruido del viento y el de los neumáticos

sobre el asfalto, oigo los graznidos de los cuervos y los chillidos de los insectos.

Y, de repente, Benjamin, que tiene dos años y está empezando a hablar dice: «¡Coches terminado, camiones terminado, a buscar a mamá!». Y entonces vuelvo a pedalear, enfilando con nuestra bicicleta el camino de vuelta. Hoy, en vez de atajar por el descampado que nos permite llegar a nuestro camino vecinal cruzando un aparcamiento de gravilla, decido mantenerme unos metros en la carretera nacional bordeando el aparcamiento. *Por cambiar un poco*, típica idea de adulto que desagrada completamente a Benjamin que grita y casi se pone a llorar, «¡mamá está allí!» dice girándose hacia atrás con vehemencia para mostrarme el camino de siempre. Yo comprendo que he tenido una mala buena idea y doy la vuelta. No es que Benjamin sea «caprichoso» ni que intente «imponerme su ley», es que está completamente sumergido en su ritual.

El ritual. Ese proceso que, junto a los ritmos, estructura la infancia. Unidos, tranquilizan, aseguran, estabilizan y proporcionan el punto de apoyo a partir del cual tomar impulso para esa formidable aventura, para ese brillante descubrimiento diario de nuevos horizontes. Los atajos y los aplazamientos son confusos, desagradables y, a veces, dan miedo.

Recorreremos dos tercios de nuestro camino de siempre, cada uno de cuyos metros conoce Benjamin. Llegamos a un punto en el que la carretera bordea unos prados en los que pastan asnos, vacas y toros. «¡Allí, allí, allí!», grita Benjamin, lo que quiere decir que quiere pararse. Nos deslizamos todo lo que podemos hasta alcanzar la valla y los animales se acercan silenciosos, lentos hasta formar media corona alrededor el niño que está justo del otro lado de la verja.

Existe un vínculo, un pacto innato entre niños y animales. Los animales se acercan a los niños, los niños se acercan a los animales.

Los niños se ven en los animales como en un espejo. ¿Os acordáis? En ellos, en su mirada, en sus gestos, reconocen esa inocencia y esa lealtad, esa fuerza y esa vulnerabilidad, ese amor y ese miedo que ellos también sienten. Como ellos, los animales saben ir directos a nuestro corazón.

Los animales no interpretan ningún papel, los animales *son*. Igual que *son* los niños, aunque estén jugando a ser pilotos o bomberos o basureros: los niños son su juego.

*

A Benjamin le gusta especialmente una determinada marca de leche vegetal. Ese tetrabrik de leche forma parte de su horizonte cotidiano desde que abrió los ojos. Pero hoy las cosas no están en su sitio, el horizonte se ha vuelto borroso, inquietante, perturbador: ¡la marca ha decidido cambiar el diseño del envase! Por más que Pauline, su madre, intente mostrarle que los colores y el logo son los mismos —comparándolos en cada botella—, que el nombre escrito es también el mismo y, sobre todo, que el líquido es exactamente el mismo, se niega categóricamente a que le sirvan esa leche. «No, gracias. No, gracias. ¡La leche!», dice señalando la antigua botella.

Cuando su puerto de amarre está en orden, el niño parte feliz y hambriento al encuentro de lo que le es desconocido y, por ende, enriquecedor. Pero si el puerto de amarre desaparece, el niño se bloquea. Y, para colmo, corre el riesgo de que le calificuemos de «testarudo».

*

Ese niño, casi adolescente, sigue esperando que le preparen no solo su taza de chocolate (siempre la misma, si puede ser), sino también sus cuatro tostadas. No toca nada hasta que las cuatro tostadas están en su plato. Como solo se pueden tostar de dos en dos, tiene que

esperar un poco, aspirando ese olor irresistible a chocolate y a tostadas recién hechas en las que se funde la mantequilla... pero nunca las toca hasta que se ha tostado y untado el cuarteto completo.

*

Ese día, para ir de un punto a otro cercano, el conductor avanza diez metros con la puerta abierta: el niño pequeño, sentado detrás, grita con fuerza, inquietud y también cierto sentido (a menudo ignorado) de la responsabilidad: «¡Papá, papá! ¡La pu'eta, la pu'eta!».

Esa reacción frente a un ritual truncado (el de, por ejemplo, cerrar la puerta para conducir) ilustra de manera espectacular, porque lo hace tangible para nosotros, hasta qué punto esa ruptura significa, para el niño, que la seguridad ha sido comprometida.

*

Un banquete de boda. El niño tiene un poco más de tres años. El salón, grande y majestuoso, está lleno de numerosos invitados sentados alrededor de grandes mesas cubiertas de vasos, platos, cubiertos, manjares, jarras, botellas, flores, jarrones, peladillas, velas y otros adornos festivos. El ambiente es a la vez acogedor y animado, los invitados están alegres y el personal ocupado.

El niño ha construido un circuito preciso, que recorre trotando despacio, incansable, zigzagueando entre los diferentes obstáculos, evitando chocarse con los camareros, pero siguiendo exactamente el recorrido trazado. Casi no se le ve, porque es tan pequeño que su cabeza no sobrepasa las filas de invitados, como mucho se le distingue deslizándose por los huecos entre las sillas. La boda está en su punto álgido y él, sencillamente, forma parte de ella. El niño corre constante, sin cansarse, sin detenerse, con todas sus pequeñas fuerzas. Su precisión, al pasar entre la pared de piedra vista y los respaldos de las sillas —todas

al estricote, llenas de abrigos, fuera de sitio en medio de los pasillos— detrás de la mesa más grande, es impresionante, se desliza sin rozar nunca nada, ni por un lado ni por el otro.

Ese recorrido es su ritual de la noche. Si le ofrecemos comida o bebida, nos sonrío al pasar, pero sin intención alguna de detenerse.

El adulto, como suele ser habitual, tiene miedo de que repetir el mismo juego, la misma acción, el mismo recorrido, se le haga cansino al niño, de manera que le propone «variaciones» o incluso que «haga otra cosa» para que no acabe aburriéndose. ¿Pero acaso no vuelve a manifestarse así la inconstancia del adulto? Tras tres o cuatro repeticiones, suele decirle «Venga, ya basta, vamos a cambiar un poco, que esto se está volviendo aburrido». ¿Pero el niño se estaba aburriendo? ¿No se había puesto en marcha simplemente para seguir mucho tiempo, para volver a empezar una y otra vez sin vislumbrar límite alguno en su horizonte? ¿No notamos cómo baja los hombros si le detenemos cuando va a coger impulso de nuevo? ¿No nos fijamos en ese pequeño movimiento de repliegue interno que provoca esa decepción que le proponemos como si fuera una supuesta ventaja?

Para el niño, el aburrimento no es más que algo que aparece como respuesta a la interrupción de sus rituales, ya sean los de una hora, un día, un mes o toda una vida. Interrumpido, apartado «por su bien» de su ritmo y sus rituales, los echa de menos, de manera más o menos consciente, y, entregado por lealtad a la actividad propuesta por el adulto, siente, por encima de todo, el vacío de haber abandonado aquella a la que él mismo se había entregado.

*

He aquí un niño pequeño, sonriente y resplandeciente; que crece en un ambiente de apego, confianza y seguridad. Amamantado, porteado, masajado por padres

unidos, durmiendo en la cama familiar, apenas conoce la angustia de sentir una necesidad que los demás no puedan comprender cuando aún no puede satisfacerla él mismo.

Por todo ello, ese niño pequeño tan vivaz apenas llora. Como mucho, si se hace daño, un ratito.

Hoy ha habido mucha agitación a su alrededor. Jornada de puertas abiertas, mucha gente, un montón de caras y de lugares nuevos por descubrir, ruidos desconocidos, una charla a última hora de la tarde: todo esto ha exigido mucho de él y le ha gustado porque le gusta descubrir.

Pero por la noche, al volver a casa para una cena íntima, de repente, se pone a llorar muy fuerte con la cara angustiada. Aquello alerta a todo el mundo —en este caso a sus padres y a los dos invitados—: ¿qué le pasa? Sigue llorando en brazos de su padre, dando rienda suelta a una angustia muy «inquietante» porque no parece deberse a ninguna necesidad descuidada. Ni tiene frío, ni hambre, ni sed, ni necesidad de ir al baño, ni se ha golpeado, ni arañado... ¿Acaso algo le duele por dentro, algo le asusta? Rápidamente se evalúan todas las posibilidades. Muchos empezarían a hablar de capricho, de enfado, de necesidad de llamar la atención, porque él está acostumbrado a ser el centro de atención y esta noche la ha tenido que compartir con los invitados.

Nada de eso, evidentemente.

La respuesta inesperada se puede leer en sus ojos, que utiliza a la vez como una ventana hacia su emoción y como una señal que apunta hacia la causa de su pena. Uno de los invitados se ha sentado en el sitio que suele ocupar su padre. El ritual se ha modificado sin previo aviso. El puerto de amarre, ese puerto que nos proporcionaba, con su inmutabilidad, la seguridad que nos permitía ir hacia lo nuevo y lo desconocido, ha sufrido semejante alteración que se ha convertido en algo desconocido y nuevo. Un abismo sin fondo se ha abierto bajo los pies del niño.

El invitado y el padre intercambian sus sitios. Las cosas vuelven a su orden. El llanto cesa casi inmediatamente. La mirada, durante un rato todavía, intenta asegurarse de que la causa de la angustia se ha alejado definitivamente. Las lágrimas se secan. El bebé vuelve a sonreír. El puerto de amarre recupera su función y el niño puede, de nuevo, volverse hacia el exterior. Vuelve a interesarse por los invitados, busca su mirada y les sonríe.

*

Definitivamente, a Benjamin no le gustan los cambios de itinerario... Hoy vamos tres en el coche, pero, en vez de ir a la estación por donde siempre —todos los miércoles llevamos allí a mi padre—, nos desviamos hacia la derecha para hacer una compra rápida. Para mi gran asombro, siempre renovado, Benjamin conoce, reconoce y sigue con mucha precisión la parte del recorrido que ve desde la esquina de su ventanilla. Se da cuenta enseguida del cambio de trayecto y protesta con fuerza. Se gira hacia el camino que no deberíamos haber dejado y estira hacia allí su brazo gritando con todas sus fuerzas «Allí. No, gracias. Allí». Yo intento, por encima de mi hombro, tranquilizarle y hacerle entender que no es más que un desvío y que pronto veremos los trenes en la estación, pero esto no le consuela en absoluto y acaba llorando, entregándose, a pesar de todo a la impotencia. Esa impotencia que el ser humano siente a veces, pero mucho más a menudo cuando es niño. Para ser consciente de ello basta con encontrarse uno en los asientos traseros de un coche cuya puerta no se puede abrir desde dentro por la seguridad de los niños y tener que esperar a que alguien venga a abrirnos desde fuera.

*

La madre y el hijo se han inventado un juego. Suben la escalera del tobogán. Se miran cara a cara. Se ponen nariz contra nariz, como en un espejo. Se frotran las orejas —¡qué risa!— antes de hacer pffff con los labios. Luego él gira el volante que está detrás de la madre y se escurre hasta sentarse delante de ella justo al borde del borde de la rampa. Una caricia, un beso y los dos se deslizan hasta abajo. Y, luego, vuelta a empezar. Después de tres ciclos, ya es un ritual con su propia cronología y todos y cada uno de sus elementos se han vuelto inamovibles.

Al día siguiente, de vuelta al tobogán. Por supuesto, el niño inicia enseguida el proceso del juego ritual. A pesar de que tenga una cierta complejidad, el niño tiene las etapas y la cronología grabadas en su mente. Como las ha memorizado de manera más precisa que su madre, si esta se «equivoca» y se salta una de las etapas fijadas el día anterior, él espera inmóvil con la mirada interrogante. Cualquier alteración duradera del juego ritual la sentiría como ilógica, incomprensible, injusta. Menos mal que la madre, al verle así, se acuerda del gesto que tendría que haber hecho en ese momento y se ríe alegre diciendo «¡Ah, sí, es verdad!», satisfaciendo así sus expectativas legítimas. Entonces ella pasa hacia atrás varias cuentas de ese rosario virtual y empieza de nuevo la serie sin equivocarse. El juego recupera su curso, como un río que corre por su lecho, con sus cambios tan progresivos como imperceptibles.

*

El niño tiene dos o tres años. Uno de sus rituales cotidianos de este principio de primavera es ir al puente-cito que cruza el río al final del camino. Va a toda velocidad con sus botas amarillas. Hay como medio kilómetro a pie. Por el camino va cogiendo todas las ramitas que encuentra. «Pah-lo» dice cada vez con una sonrisa que casi no le cabe en la cara.

Cuando llega al puente, levanta sus manos llenas de palos y dice «‘tención, ‘tención» y los tira al agua río arriba, viéndolos caer atento. «¡Ido palo!» dice entonces, y corre con sus botitas hasta el otro lado del puente, río abajo para esperarlos diciendo «¿Dónde está palo?! ¿Dónde está palo?!». Y en cuanto estos aparecen, arrastrados por la corriente, grita con un entusiasmo que se renueva inagotable «¡Ahhh! ¡Ahí está palo!».

Cien veces. Mil veces. Sin cansarse. Sin desear otra cosa, sin querer ese cambio que tanto les gusta a los adultos dispersos.

Y en cuanto acaba de observarlos alejarse zigzagueando entre obstáculos de algas, tiene que salir a la caza de ramas de recambio. De tanto recorrer los alrededores todos los días, sin tregua, ya no encuentra ninguna cerca, tiene que ir cada vez más lejos para encontrar algunas.

El niño camina resuelto, con las manos llenas, a veces encuentra ramas grandes y pesadas con muchas ramitas que se enganchan todo el rato en los arbustos del camino, pero nada, ni el esfuerzo que tiene que hacer para desengancharlas, ni la distancia que tiene que recorrer, ni las cuestas que tiene que subir, detienen al niño entusiasmado, aunque se quede sin aliento. El niño es tan honesto con su propio ritual que ni diez minutos andando cargado, ni las botas llenas de agua, ni el viento, el hielo o la lluvia pueden hacerle renunciar al mismo. Está en juego, para él, el orden del mundo.

*

Para el niño no es insoportable andar solo con una bota y el otro pie descalzo, ya sea sobre hierba mojada, barro o piedras. Es tan fiel a su objetivo como fiel es al instante presente, al estado actual. Para él lo importante es caminar.



Unos amigos le han dado al niño dos coches. Uno gris y otro rojo. Los ha cogido con las manos, uno con la izquierda y otro con la derecha. Son casi más anchos que las palmas de sus manos y tan largos que sobresalen por delante y por detrás.

Durante seis días el niño no va a soltarlos. Ni para dormir, ni para comer, ni para ducharse o bañarse, ni siquiera para tirarse por el tobogán. A veces juega con ellos, haciéndolos avanzar y cruzarse delante de él con su oreja apoyada en la mesa, pero la mayor parte del tiempo, simplemente, los lleva en las manos. Si, por casualidad, cuando se está vistiendo o se da un golpe, alguno de los dos se le cae, grita alterado «¡Coche, coche, coche!» hasta que lo recupera.

*

Al principio, el lenguaje *es* ritual.

Combinaciones de sonoridades profundamente rituales, pues, pronunciadas de la misma manera, por la persona que sea, van acompañadas, siempre, de los mismos actos, los mismos objetos o las mismas sensaciones.

Si digo «agua» sonriendo, me sirven agua. Es un ritual. Un sonido que provoca una acción. El sonido no tiene ortografía, significado, etimología, pero tiene siempre la misma respuesta. Igual que si veo aparecer cierto animal, existe una convención ritual que hace que pronuncie de manera inamovible los fonemas «ga» y «to»: «Gato». Y en lo que respecta a cierto material, va siempre escoltado por el sonido «plastilina», así que si pronuncio ese sonido me la traen para que juegue con ella.

Cuando un niño, especialmente atento a todo lo que sucede en un avión, pronuncia la palabra «turbulencias», se trata para él del nombre dado a una sensación muy precisa, que para él es importante. No ve la imagen lingüística que se forma en el adulto, la del flujo de aire perturbado que se agita haciendo vibrar al avión: solo ve

una relación entre la sensación y el nombre que siempre se le da.

*

«¿Dónde tá Herbie?», pregunta el niño, hablando de su coche, un Volkswagen escarabajo en miniatura con los colores de Herbie, el famoso héroe cinematográfico. Ese trocito de frase pone en marcha una serie inmutable de elementos verbales que él une y encadena cada vez que se trata de buscar algo o a alguien. «¿Dónde tá mamá?», «¿Dónde tál gato?»...

La frase completa partiendo del ejemplo de su coche favorito es esta: «¿Dónde tá Herbie? ¡Ámo a buscar! ¡Ahhh, tá ahí!» («¿Dónde está Herbie? ¡Vamos a buscarlo! ¡Ah está ahí!»). Esta frase, que él utiliza, aunque sepa que el coche está en el cuarto contiguo, representa en sí misma un ritual, que ilustra perfectamente que, entre esos módulos encadenados sin sobresaltos, el niño se siente a gusto, se siente en un territorio conquistado, fuera de peligro, feliz de entender y de ser entendido. No se plantea ninguna desviación, cualquiera le parecería tan desestabilizadora como una mutilación.

Estos mecanismos de implantación, de arraigo, que representan los rituales durante el aprendizaje de la lengua, pueden adquirir, a veces, formas muy cortas, casi invisibles. Él mismo acaba de descubrir la expresión «muchas gracias». Desde ese momento se vuelve a su vez ritual por su manera de pronunciar «muchas» y por una pequeña puntuación que él hace al final, todas y cada una de las veces, que podría pasar desapercibida. Hace una pausa entre «mu» y «chas» y alarga bastante la primera vocal del «gracias»: «Mu chas... graaaaacias», y hace un ruidito, mezcla de risa, carraspeo y sonrisa radiante de la que jamás se olvida. He aquí un ritual completo medio escondido en una frase entre otras.

*

Observemos que tenemos la tendencia social a considerar nuestros rituales cosas casi reprobables o vergonzosas, por las que nos disculpamos y que intentamos tanto minimizar como justificar: «¿Sabes? Tengo mis pequeñas costumbres y, si me las cambian, me confundo...» o «Soy un poco obsesivo, me gusta que las cosas pasen de tal o cual manera» o incluso «No sé porque lo hago siempre así».

Lo que todavía es peor —como sucede a menudo— cuando se trata de nuestros hijos, de cuyos rituales nos burlamos o intentamos que se deshagan de ellos bajo el pretexto de enseñarlos a cambiar de hábitos.

Pues nada, hasta aquí el adelanto.
Esperamos que te haya gustado.
El libro sigue, claro. Aún le
quedan un montón de páginas.
;)